

VILLAMANRIQUE DE LA CONDESA

La importancia de la navegación en la antigua villa de Mures.

Sólo los más allegados a estas tierras manriqueñas pueden darse cuenta de la importancia de sus aguas, no sólo las que aún aparecen y desaparecen en las marismas, sino las que han recorrido sus tierras a través de canales, ríos o mares desde los tiempos más remotos. Cuando hoy este pueblo representa el fin, o el confín, de nuestras tierras habitadas, antes, sin embargo, constituía el origen. Cuando ahora las comunicaciones se hacen por tierra, quedando Villamanrique como el último pueblo conocido del que incluso muchos dicen no haber llegado nunca a tan lejanas tierras, antes, sin embargo, cuando las comunicaciones principales se realizaban a través de ríos y mares, era el primer pueblo. Cuando viniendo de tierra adentro Villamanrique supone un pueblo elevado perteneciente aún al Aljarafe, viniendo desde el mar se hace parte de la llanura inmensa de la marisma. Villa ribereña del antiguo Lacus Ligustinus los barcos creíanla una isla porque las aguas la bañaban por todos sus lados. Y no sólo el Lago Ligustino hacía su presencia para acercarla a otros mundos sino que también el río Guadiamar o el río Gato la acercaban a las riquezas de su propio mundo. Porque el actual arroyo de Gato era antes un gran río; pero aunque buscando su antiguo cauce nos perdamos entre las secas tierras del condado de Niebla, viéndonos incapaces de intuir por dónde circulaban sus aguas, tíñanse éstas de color amarillento ante un guiño del vino de Manzanilla, retrocediéndonos hasta su desembocadura, nada más y nada menos que donde se encontraba el Puerto de las Nueve Suertes, impregnando de un suave aroma un antiguo legajo del Archivo de Indias que registraba la mercancía que allí llegaba, donde el río Gato confluía con el Guadiamar y con el Brazo de la Torre, ya aguas del Guadalquivir, puerta del Nuevo Mundo. A través del Brazo de la Torre y del río Gato llegó Felipe IV navegando con su falúa desde Sevilla para llegar a los cazaderos del Coto de Doñana. [...] Y desde el Puerto de las Nueve Suertes quizá

Partiera hacia las américas el marqués de Villamanrique, virrey de Nueva España (México), cuyo palacio se conserva hoy día como hito de la historia más antigua de nuestra localidad. Y, a través de este palacio, se nos viene a la mente su inseparable convento franciscano cuyos monjes establecieron contacto a través de las aguas del océano con los monjes del monasterio de la Rábida, junto al puerto de Palos, desde donde partió Colón a las américas y origen del Descubrimiento. La información que Colón tenía acerca de unas lejanas tierras pudiera haberla obtenido de los propios monjes, de los de la Rábida, o, de los de Villamanrique. Y quizá los monjes la obtuvieran de los originarios pobladores de estas tierras, aquéllos de los que se dice que su ciudad estaba hecha para los barcos ya que estaba surcada por una red de canales. Y la sentenciante frase “el colón ligur”, que es la única conservada que hace referencia al origen de este marino, reluce ahora en las aguas del conocido Lago Ligur o Lago Ligustino, desterrándose de esta forma de la Liguria italiana que lo había querido preso ante la mirada atónita de los monjes del monasterio de La Rábida que fueron los que lo habían enviado a la libertad de sus aguas más cercanas llamándolo con el mismo nombre. También fueron las aguas las que nos trajeron las telas de Manila, de esas tierras conquistadas de Filipinas a donde los monjes del Aljarafe fueron a evangelizar. Fray Pedro de Zúñiga era uno de ellos. Cuando su padre rozaba las más altas riquezas en el virreinato de México, él se dedicó a dar todo lo que tenía siendo martirizado en Nagasaki. Casualmente fue de Nagasaki de donde partió una expedición en barco en aquella época de japoneses hacia Sevilla, constituyendo la primera incursión de los japoneses en el continente europeo. Y, de esta forma, estas aguas se convierten en el recorrido de vaivén en el que la historia de Villamanrique encuentra su sentido.